

Y con voz trémula y ronca  
 Comprimida en la garganta:  
 — Ven á mis brazos le dijo,  
 Nada soy, ni valgo nada.  
 No te voy á dar dinero  
 Ni voy á ceñirte banda,  
 Pero de tu acción en premio,  
 En vez de cruz ó medalla,  
 Quiere poner en tu frente  
 Su último beso Santa-Ana,  
 Que sólo así premiar puede  
 Á la lealtad la desgracia. —  
 Y cuentan los que lo vieron  
 Que aquella escena sagrada  
 Fué un bálsamo que dió vida,  
 Fortaleza y esperanza,  
 Al creador de la República,  
 Al noble hijo de Jalapa,  
 Á quien sorprendió la muerte  
 Pobre sin pompas ni galas,  
 Y hoy el Tepeyac lo abriga  
 En una tumba olvidada,  
 Frente á la cual, los testigos  
 De antiguos hechos exclaman:  
 Todo lo mudan los tiempos,  
 Los hombres todo lo cambian,  
 Y lo que eterno parece,  
 Es lo que rápido pasa.

### NI EL NOMBRE NI EL OFICIO (1)

Cuentan crónicas añejas  
 En nuestro tiempo olvidadas,  
 Que allá en un pueblo escondido  
 De la sierra querétana  
 Vivió un español anciano  
 Cuyos años delataban  
 En la frente las arrugas  
 Y en la cabeza las canas.  
 Era de carnes enjuto,  
 De penetrante mirada,  
 De generosas acciones  
 Y de muy pocas palabras.

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. — No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del general Mejía, el coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á don Darío Bissarda y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y que rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. — J. de D. P.



Incansable en el trabajo,  
Madrugaba con el alba  
Y era en el vestir humilde  
Y en discreción una estatua.

Por apodo « el ermitaño »  
En la sierra le llamaban  
Y era su oficio el comercio  
De semillas y de mantas.

Eran su sola familia  
Los criados de su casa  
Y sólo por el acento  
Revelaba ser de España,  
Que nunca dijo su origen  
Ni á nadie habló de su patria.  
Tuvo un amigo, uno solo  
Á quien, cual hijo trataba  
Siendo diferente en años,  
En ejercicio y en raza  
Pues era un soldado joven  
De tez cobriza y tostada,  
Indígena de la sierra  
Y tan dado á las batallas  
Que del año algunos meses  
Pasaba siempre en campaña.  
El anciano comerciante  
Llamóse *Darlo Bissarda*  
Y el joven *Tomás Mejía*  
Que bien conoce la Fama.  
Cuentan que al entrar la noche

Los dos amigos hablaban  
De las cosas de la guerra,  
De la estrategia y la táctica.  
El joven indio atendía  
Del anciano las palabras  
Y escuchándolo sumiso  
Fijaba en él sus miradas  
Como diciendo « este viejo  
Sabe manejar las armas ».  
En cada vez que aquel joven  
Iba á salir á campaña,  
Sus más recatados planes  
Al anciano revelaba.  
Y triunfante ó derrotado,  
En fortuna ó en desgracia  
Era el primero á quien siempre  
Á su regreso buscaba.  
Por fin enfermóse el viejo,  
Y escribió desde su cama  
Á su cariñoso amigo  
Para encomiendas sagradas.  
Don Tomás estaba ausente  
Pero al recibir la carta,  
Buscó su mejor caballo,  
Cruzó llanos y montañas  
Y pronto estuvo en el sitio  
Á do le llamó Bissarda.  
Este con la voz muy débil  
Le dijo en pocas palabras,



« Ochenta años he cumplido,  
 Es tiempo de que me vaya  
 Y aquí sobre el lecho espero  
 El tercer toque de marcha.  
 En este pliego cerrado  
 Que usted abrirá mañana  
 Están mis disposiciones  
 Últimas, testamentarias ;  
 Sólo á usted, joven amigo  
 Le doy la misión sagrada,  
 De cumplirlas en la tierra  
 Y pedir á Dios por mi ánima. »

Murió el anciano esa tarde  
 Y fué su muerte llorada  
 Por los humildes y rudos  
 Hijos de aquellas montañas.  
 Abrió don Tomás Mejía  
 El pliego que le entregara  
 Y cuentan los que lo saben  
 Que se encontró estas palabras :

« Yo, que he tenido en la Sierra  
 Por nombre *Dario Bissarda* ;  
 Con más de cuatro mil hombres  
 Arribé á la Nueva España  
 El año de veintinueve  
 Á rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico  
 Mier y Terán y Santa Ana,

Les entregué mis banderas  
 Que jamás tuvieron mancha  
 Y regresé con mis tropas  
 Desarmadas á la Habana.  
 Al regresar á mi tierra  
 Donde me formaron causa,  
 Calificaron de crimen  
 Lo que sólo fué desgracia,  
 Y ofendido de tal juicio  
 Dejé para siempre España,  
 Y á vivir vine ignorado  
 Sin nombre, pompas ni galas,  
 En los escondidos pueblos  
 Que escudan estas montañas.  
 » Ruego á don Tomás Mejía,  
 Mi amigo de más confianza,  
 Dé cuanto tengo á los pobres  
 Y á Dios encomiende mi ánima.  
 Ni mi oficio es comerciante,  
 Ni me apellido Bissarda ;  
 Fui brigadier y mi nombre  
 Ha sido « Isidro Barradas ».



## EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GENERAL CARLOS FUERO

Como ángulo de acero  
 Que inflexible va estrechando,  
 A cada instante los muros  
 Del recinto queretano,  
 En donde el último esfuerzo  
 Con valor desesperado,  
 Los defensores del trono  
 Hacen en el mes de mayo;  
 Tal se ven los batallones  
 Que sin abrigo en el campo,  
 En ruda y tenaz vigilia  
 Están la ciudad sitiando.

En Queretaro es el Jefe  
 Supremo, Maximiliano,  
 Que más que trono y corona  
 Defiende allí sin descanso,

Su fama que ve muy limpia,  
 Su nombre que ve muy alto.

Le acompañan en la lucha  
 Los que son más esforzados  
 De todos los generales  
 En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez,  
 Como buenos han luchado;  
 Allí Castillo y Mejía  
 Que tienen fama de bravos,  
 Sin desmentir esa fama  
 Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe  
 Y cada humilde soldado,  
 Se baten como acostumbran  
 Batirse los mejicanos,  
 Sin medir nunca el peligro  
 Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte  
 Exige fuerte adversario,  
 Y atrevidos sitiadores  
 A tan valientes sitiados.



## II

El general Escobedo  
 Es de los republicanos  
 El primer jefe y le siguen :  
 Corona, que tiene el mando  
 De las tropas de occidente;  
 Treviño y con el Naranjo  
 Con las del Norte que llegan  
 Desde la margen del Bravo;  
 Con las del Centro y Guerrero  
 Que manda Riva Palacio  
 Vienen Jiménez y Vélez;  
 La reserva queda á cargo  
 De Rocha, que presuroso  
 Y oportuno, acude al campo  
 En donde el fiero combate  
 Se desata encarnizado.

Manda la caballería  
 Guadarrama, con los bravos  
 Martínez Pedro y Juan Doría  
 Que en la acción del Cimatarío  
 Cargó con tan fiero arrojo  
 Que dió asombro á los contrarios.

## III

Una tarde y á la hora  
 En que estaban relevando  
 El servicio entre la tropa  
 Del cuartel republicano,  
 Y era de San Luis el sexto  
 Batallón, que estaba al mando  
 De Carlos Fuero y se hallaba  
 En San Sebastián formado,  
 Un proyectil enemigo,  
 Curva invisible trazando,  
 Á los pies del centinela  
 Llega y moviéndose en raudos  
 Y espantoso torbellino,  
 Estalla, sin que el soldado  
 Ni muestre en la faz asombro,  
 Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte  
 Los fragmentos inflamados  
 Del bronce, entre nubes densas  
 De polvo y humo, y del brazo  
 Del centinela arrebatan  
 El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,  
 En su puesto, sin que un paso



Atrás ni adelante diera,  
 Sin una señal de pasmo,  
 El centinela aparece  
 Que grita : — ¡Cabo de cuarto!  
 — ¿Qué ocurre? se le pregunta;  
 Y agrega : — ¡Estoy desarmado!  
 Otro fusil se le entrega,  
 Lo recibe y muy ufano  
 Sigue tranquilo en su puesto  
 Sin hacer á nadie caso.

## IV

El nombre de aquel valiente  
 La fama llevó en su canto  
 Y habló de *Damián Carmona*  
 Á los hijos del Estado  
 De San Luis, á quienes hizo  
 Este sencillo relato :

« Nació Carmona en el pueblo  
 De Mexquitic y premiaron  
 Con un ascenso su arrojo  
 Aquella tarde en el campo.  
 Ciñeron los potosinos  
 Su frente con verde lauro  
 Y guardan como reliquia

Su fusil hecho pedazos (1).

» La suerte premiarlo quiso,  
 Fin á su existencia dando  
 Entre el fragor de un combate  
 Y á la luz del sol de mayo. »

El pueblo en Damián Carmona  
 Verá un ejemplo preclaro  
 De que, para entrar al templo  
 De la Fama, es necesario,  
 No el timbre de la nobleza,  
 Ni de la opulencia el fausto,  
 Sino el corazón ardiendo  
 En un patriotismo santo  
 Que haga despreciar la muerte  
 Y ofrecer en holocausto,  
 Del deber ante las aras  
 Lo más amante y amado,  
 Que así no se necesita  
 Para vencer á los años,  
 Ni estatua tallada en bronce  
 Ni templo erigido en mármol.

(1) El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del congreso de San Luis Potosí.



## A LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,  
 Á levantar mi voz y á saludaros  
 En medio de estos viejos ahuehuetes  
 Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono  
 La majestad del tiempo y de altar sacro  
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros  
 Están de heroica sangre salpicados;  
 Aquí, donde palpitan los recuerdos  
 De aztecas reyes y de heroicos años,  
 Torno de nuevo á veros y mi lira  
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

¡ Hijos del porvenir! ¡ La Patria os pone  
 Con maternal amor el arma al brazo,  
 Para que siempre defendáis sus fueros  
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro  
 De la victoria el talismán sagrado,  
 Que no hay arma que alcance cual la ciencia  
 Á la región ignota de los astros  
 Y allí siga su marcha, los explore  
 Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande  
 Que el del guerrero valeroso y sabio,  
 Que el talento es el arma de este siglo  
 Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,  
 Siempre defiende el hijo al padre amado  
 Y el cielo en que mecióse nuestra cuna  
 Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha  
 Vivirán y han vivido los humanos  
 Y hay que esperar en el violento ataque  
 Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego,  
 Mientras el uno nos alumbró el campo,  
 El arma en semidiós convierte al hombre  
 Que puede altivo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas  
 La vencerá en su empuje el espartano,  
 Y si sólo á gozar se entrega Roma  
 Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño,  
 Que siempre el enemigo está velando



Y cual nueva Judith llega á la tienda  
 Cuando ninguno le detiene el paso.  
 Hoy la Patria está en paz, su limpio nombre  
 Respetan y consagran los extraños,  
 Pero en el viaje por el mar del mundo,  
 En este mar tan hondo y tan amargo,  
 Hay que fijarse hasta en la blanca nube  
 No engendre tempestad y brote rayos;  
 Y hay que velar el suelo en que nacimos  
 Con fe en el alma y con el arma al brazo.

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos  
 Brillaron en valor vuestros hermanos,  
 Guarda sus nombres con amor la historia  
 Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron  
 Combatir sin temor y sin descanso;  
 Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,  
 Escutia, Márquez... ellos demostraron  
 Que en las horas de lucha, en los instantes  
 De combatir sin tregua á los extraños,  
 « Muere el Colegio, pero no se rinde »  
 Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo  
 Los que gozosos recogéis ufanos  
 El premio que alcanzasteis en la lucha  
 Serena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vuestras almas  
 La fe que alienta los primeros años,  
 Y en esa hermosa edad todo se mira  
 Como un amanecer radiante y claro.  
 El tiempo correrá, vendrá la tarde,  
 Con ella la tristeza y el cansancio  
 Y los arbustos, hoy de verdes hojas  
 Serán cual éstos árboles sagrados  
 Vigorosos y erguidos, manteniendo  
 Fresca la savia y el cabello cano.

Recordaréis entonces con ternura  
 La majestad solemne de estos actos,  
 La diana que os despierta cuando el sueño  
 Es el más dulce sobre el lecho blando;  
 Las largas horas que en helada noche  
 Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,  
 Pasáis de centinelas y os parece  
 Que dura un siglo inmenso cada cuarto.  
 Recordaréis las cátedras severas  
 Tan animadas al nacer el año,  
 Las ansias del examen, la victoria  
 Del más inteligente y del más apto.  
 Recordaréis al predilecto amigo  
 Que os quiso en el colegio como hermano,  
 Y que más tarde le abatió la suerte,  
 Ó murió en la campaña á vuestro lado.  
 Y si tenéis hogar y tenéis hijos,  
 Ellos escucharán de vuestros labios,



Las dulces aventuras de esta vida  
En que sois estudiantes y soldados.

Les pintaréis la augusta ceremonia  
En que llenos de gozo y de entusiasmo,  
Mirabais al que hoy rige con acierto  
El destino inmortal del suelo patrio,  
Grande en la guerra y en la paz más grande  
Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque  
Y miráis estos árboles sagrados  
Y las blancas paredes del castillo  
Que está de heroica sangre salpicado,  
Sentiréis que humedece vuestros ojos  
El más dulce y hermoso de los llantos,  
Y que renace en vuestros nobles pechos  
La viva fe de los primeros años,  
Y sentiréis á solas, satisfechos,  
Hondo amor á los tiempos ya pasados,  
Orgullo de haber sido del Colegio  
¡Y orgullo de llamaros mejicanos!

1.º de diciembre de 1889.

## LA CORTE MARCIAL

A MI QUERIDO AMIGO MACARIO RIVERO

Ancho sombrero tejido  
Con tule de nuestros lagos,  
Al que adornan dos pequeñas  
Hachas de plata en los lados.  
Al cuello suelta corbata  
Roja y tejida de gancho;  
Tejida según se sabe  
Por dos diminutas manos,  
Que juntas semejan lirios  
Y sueltas parecen ampos.  
Amplia blusa también roja  
Con grandes botones blancos;  
Calzonera de velludo



Y ceñidor de burato.  
 Frente por el sol tostada,  
 Grandes los ojos y pardos;  
 La barba escasa y oscura,  
 Pelo abundoso y castaño;  
 Ágil en sus movimientos;  
 Carácter resuelto y franco,  
 Y diestro como ninguno  
 En manejar el caballo;  
 Durmiendo igual en las rocas  
 Que en lecho mullido y blando,  
 Y sin resentir los rudos  
 Embates del tiempo vario;  
 Decidor con las mujeres,  
 Afable con los soldados,  
 Provocativo y terrible  
 Con los del opuesto bando,  
 Y fuerte y ágil teniendo  
 La edad viril de treinta años  
 De los cuales más de nueve  
 Á la patria ha consagrado:  
 Tal es Benito Ramirez,  
 Nata y flor de los chinacos,  
 Honra y prez de los jinetes,  
 De los valientes ornato,  
 Capitán de exploradores  
 De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna  
 En los lances que ha tratado,

De no salir victorioso  
 Escapó por un milagro.  
 Nunca sorprenderle pudo  
 El enemigo en su campo,  
 Pues llevaba como regla  
 Invariable del soldado,  
 Que en la guerra ha de dormirse  
 Cual las liebres, conservando  
 Siempre los ojos abiertos  
 Por lo que viniere al caso.

Pero á pesar de esta regla  
 La suerte en su giro vago,  
 Las horas del infortunio  
 Sobre el guerrillero trajo,  
 Y una tarde en un combate  
 Y por su arrojo llevado,  
 Entre huestes enemigas  
 Tanto adelantó su paso,  
 Que al fin cayó prisionero  
 Cuando murió su caballo  
 Y á la ciudad de Morelia  
 Entre filas le llevaron.

## II

En una desnuda sala  
 De las muchas de Palacio,



Se instalan con gran premura  
Y con lúgubre aparato,  
Los oficiales que forman  
Un tribunal que da espanto.

La corte marcial se llama,  
Su solo nombre da pasmo,  
Que de sangrienta y terrible  
Tan grande fama ha alcanzado,  
Que á cuantos juzga sentencia  
Sin remisión al cadalso.

Ni allí la inocencia vale,  
Ni se cuenta un solo caso  
De que saliera con vida  
Hombre que cayó en sus manos.

Los trámites y defensas,  
Peticiones y alegatos,  
Son fórmulas que no engañan  
Ni á los mismos acusados.

Pocas horas son bastantes  
Para preparar el fallo  
Y fallo y muerte es lo mismo  
En los terribles estrados,  
¡Que á la sentencia se sigue  
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento  
El capitán fué llevado.  
Era una mañana alegre  
Del alegre mes de mayo.

El cielo estaba en Morelia

Limpio, azul, brillante y diáfano.  
Llegó Ramírez en medio  
De dos filas de zuavos,  
Tan altivo y tan airoso  
Que interesaba mirarlo;  
Clavó los soberbios ojos  
En los jueces con descaro,  
Ocupó, cual todo reo,  
El toco, incómodo banco,  
Cruzó la pierna altanero,  
Dejó el sombrero calado  
Y una irónica sonrisa  
Escapóse de sus labios.

Después de breves instantes  
Se dió comienzo al sumario,  
Que copio letra por letra  
Tal como existe en los autos:  
— ¿Confiesas que perteneces  
Al cuartel republicano?

• • • • •  
Siguióse un largo silencio,  
Y los jueces agregaron:  
— ¿Confiesas que muchas veces  
Has podido, disfrazado,  
Explorar el campamento  
Del cuerpo expedicionario?  
¿Confiesas que has perseguido  
Sin dar tregua ni descanso  
A las tropas del Imperio



Que están Michoacán guardando?  
 ¿Confiesas que á ti se deben  
 Mil asonadas y escándalos,  
 Que sirves á los bandidos  
 En la montaña acampados,  
 Que al que coges no perdonas,  
 Ni mides virtud ni rango,  
 Pues por servir al Imperio  
 Ya lo declaras malvado? —

    A cada nueva pregunta  
 Ramirez en aquel banco  
 Tomaba actitud distinta  
 De indiferente descaro;  
 Pero al fin le hicieron tantas  
 Y en ellas dijeron tantos  
 Insultos, que en ira ardiendo  
 De callar cansóse al cabo,  
 Y así dijo, con palabras  
 Que tronaban como rayos :  
 — ¿Para qué perder el tiempo  
 Y estarme aquí preguntando,  
 Cuando el francés me ha cogido  
 Con las armas en la mano?  
 Cuando saben que soy libre  
 Y que siempre fui chinaco,  
 Y no doy cuartel ni pido  
 Que me lo den los contrarios.

    Si ya está la sepultura  
 Mi cadáver esperando,

¿Para qué tantas preguntas  
 Ni tenerme en este banco?

    Yo ya sé cuál es mi suerte,  
 Ni me importa ni hago caso,  
 Me matan de puro miedo,  
 Mas me llevo al otro lado  
 El gusto de haberlos visto  
 Correr como perros galgos.

    Así pues, pocas palabras  
 Y que me lleven abajo,  
 Ya verán cómo se mueren  
 Los buenos republicanos  
 Y eso tengo que enseñarles :  
 No pregunten más y vámonos.

    Solamente les advierto  
 Que muchos hay en mi campo,  
 Que seguirán dando guerra,  
 Mejores que yo, más bravos  
 Y que ni les hago falta  
 Ni ustedes les dan abasto. —

    Alzóse luego Ramirez  
 Seguido de los soldados;  
 Á poco tiempo se oyeron  
 Unos tiros en el patio  
 Y un nuevo nombre la historia  
 Pudo escribir en sus fastos.



## XOCHIAPULCO

AL GENERAL DON JUAN N. MÉNDEZ

## I

¿Por qué tan precipitado,  
 Se escucha el toque de alarma,  
 En los humildes cuarteles  
 De un pueblo de la montaña?  
 ¿Por qué llegan tan veloces  
 Dejando sus pobres casas,  
 Los hijos de Xochiapulco,  
 Adonde fiero les llama,  
 Con sus marciales acentos  
 El clarín de las batallas?  
 ¿Por qué se pinta en los rostros,  
 Esa expresión soberana,  
 Que ilumina los semblantes

Con el fulgor de las almas;  
 Esa expresión, que en el mundo  
 El hombre á tener alcanza,  
 En los instantes supremos  
 En que, cuanto tiene y ama,  
 Ofrece como holocausto  
 En el altar de la Patria?  
 ¿Por qué los antes tranquilos,  
 Hijos de aquella comarca,  
 Con tan marcial continente  
 Empuñan las duras armas?  
 ¿Quién se atreve de la guerra  
 La bandera ensangrentada  
 Á clavar de aquellos montes  
 Sobre las cimas más altas?  
 ¿Quién pretende en esas rocas  
 Adonde anidan las águilas,  
 Profanar los patrios lares  
 Llevando muerte y venganza?  
 El invasor extranjero,  
 El que tras lenta campaña,  
 Hasta el mismo Xochiapulco  
 Tiende la pujante garra.  
 Con austriacos y franceses  
 El conde de Thun avanza;  
 Cuatro columnas caminan  
 Para combatir la plaza;  
 Son muchos los que se acercan  
 Y son pocos los que aguardan,



Mas si se cuentan los muchos  
 Los que son menos se bastan  
 Y su arrojo no alimenta  
 Ilusiones, ni esperanzas.  
 Por eso cuando resuelto  
 Al sacrificio, les llama  
 El general Juan Francisco,  
 Que á los cuatrocientos manda,  
 Y tiene como segundo  
 En tan terrible jornada  
 Al general Juan Bonilla  
 Que un espartano envidiara  
 Por su modestia, su arrojo,  
 Su saber y su constancia,  
 Acuden todos ligeros  
 Y tomando la palabra  
 Juan Francisco, con voz firme  
 De esta manera les habla :

## II

— Tantos son los enemigos  
 Que sobre nosotros cargan,  
 En cuatro grandes columnas  
 Y todas de las tres armas,

Que imposible es que resista  
 La guarnición de la plaza.  
 Y aunque el deber nos impone  
 Y el patriotismo nos manda  
 Morir antes que rendirnos  
 Defendiendo nuestra causa,  
 Fuera sacrificio inútil  
 Presentar una batalla  
 Que dará triunfo seguro  
 Al enemigo que avanza,  
 Y no es valor ni prudencia  
 De un jefe, que siempre trata  
 De utilizar el arrojo  
 De gente tan denodada,  
 Lanzarlos en lucha estéril  
 Á una segura matanza.  
 Mas no quiero que tacharme  
 Pudieran tal vez mañana,  
 De que entrego al enemigo  
 La población desarmada.  
 Por eso, saber pretendo,  
 De todos la opinión franca.  
 — No nos consultes, responden  
 Más de cien voces, nos basta  
 Que tú mandes, y contentos  
 Obedecer tus palabras.

— Pues bien, dice Juan Francisco,  
 Antes que con torpe planta,  
 El invasor extranjero



Mancille aquí nuestras casas,  
 Y llegue á nuestros hogares  
 Á desceñirse la espada ;  
 Supuesto que no podemos  
 En número y no en audacia  
 Competir con los que vienen  
 Y que han de tomar la plaza ;  
 No busquemos muerte inútil :  
 Nos necesita la patria  
 Fuera de aquí, en nuestros bosques  
 Y en los montes y cañadas,  
 Aunque pocos, con astucia  
 Podremos tener ventaja  
 Y proseguir sin descanso  
 Hasta que triunfe la causa.  
 Pero el invasor no debe,  
 Encontrando puerta franca,  
 Llegar orgulloso al sitio  
 Que su presencia profana.  
 ¡Soldados! ¡hoy en cenizas  
 Se conviertan nuestras casas,  
 Llegue el invasor al pueblo  
 Alumbrado por las llamas  
 Y contemple en Xochiapulco  
 La prueba patente y clara  
 De que no consienten yugo  
 Los hijos de la montaña! —

## III

Aquel discurso escuchando  
 Los soldados, se entusiasman,  
 Á sus jefes vitorean  
 Y á la Libertad aclaman.  
 En esos instantes mismos  
 Se sabe que ya cercanas  
 Están las gruesas columnas  
 De la legión franco-austriaca.  
 Comienzan á verse entonces  
 Ligeras nubes que empañan  
 Sobre los frágiles techos  
 Al flotar grises y blancas  
 Desde el más grande edificio  
 Á la más pobre cabaña.  
 Se va el humo condensando  
 Y en mil lenguas desatadas  
 De fuego, puebla el incendio  
 Toda la extensa comarca.  
 Los soldados, las mujeres,  
 Los niños, nadie descansa  
 En la terrible tarea  
 De quemar sus propias casas ;  
 Y cuando el fuego está en todo,



En revuelta caravana  
 Emigran los moradores :  
 Los ancianos á vanguardia  
 Y hombres, mujeres y niños,  
 En agrupación compacta,  
 Se ven del *Cuautecomaco*  
 Sobre la vistosa falda,  
 Semejando en el ascenso  
 Á las perseguidas águilas.  
 Después... después... ¡ con orgullo  
 Miran surgir de las llamas  
 El humo, como el incienso  
 Que ofrecen ante las aras  
 Del más sagrado y augusto  
 Altar de la madre Patria!

## IV

Aquel montón de cenizas  
 Leves, sutiles y blancas,  
 Que el viento arrastró en su giro,  
 Sembrándolo con sus alas  
 Como un bautismo de gloria  
 De *Tetela* á *Zacapoaxtla*,

Volvió á levantarse luego  
 Como el fénix de la Arabia,  
 Cuando la paz bienhechora  
 Le prestó su sombra grata.  
 Pero queda en sus campiñas  
 Que el *Xochitonal* resguarda,  
 El recuerdo de sus hechos,  
 La alteza de sus hazañas,  
 Que los laureles no envidian  
 De Sagunto y de Numancia,  
 Y que en Méjico repite  
 Con noble orgullo la Fama.